

## Páginas ejemplo

En noviembre de mil ochocientos sesenta y ocho, León fue obligado a formar parte de las tropas que liberarían Bayamo en Cuba. Cuando se enteró, su amigo Luis se presentó voluntario.

Tras unas semanas de preparativos, partieron hacia el río Cauto, que iba a ser el escenario de los combates. El traslado fue una pesadilla de la que algunos no despertaron. «He estado en sitios miserables, pero esto es mucho peor», repitió León durante el camino. «Prefiero las ratas del vertedero», dijo, escupiendo un grumo de mosquitos de la boca.

Cuando, entrado ya el nuevo año, los mandos les informaron de que habían llegado, el miedo sustituyó a la confusión en los ojos de los soldados. Una ciénaga les habían dicho que era; a ellos les pareció que bosque y pantano se habían unido para formar un lodazal, donde la vegetación se había desbocado en un caos de barro, hojas y vainas que hacía difícil distinguir el suelo del cielo y el aire del agua. A cada paso, aplastaban un zumbido que se incrustaba en la melaza de sudor y fango que les cubría la piel.

Los organizaron en grupos para combatir a los rebeldes que se habían atrincherado en la margen sur del río, haciendo de aquel abismo verde el bastión de la defensa de la plaza. León y Luis formaban parte de la avanzadilla que fue enviada para el reconocimiento de la zona antes del asalto. Caminaban uno cerca del otro, apartando masas vegetales que crecían por todos los lados.

Mal nutridos y poco entrenados, tras más de una hora de arrastrar los pies en una papilla de lodo y hierba, rodeados de hojas y lianas que les impedía ver más allá de la punta de sus fusiles, el pelotón se había

desperdigado y sus componentes fueron diezmados por un enemigo que se desenvolvía en un medio que le era propio.

Perdido en ese desorden vegetal que hacía el aire irrespirable, a León se le pudrió la maldad que lo había arrastrado hasta la guerra de Cuba.

—Luis, Luis —susurraba en voz baja.

De golpe, sintió que el silencio podía ser más aterrador que el alboroto de monos y pájaros que lo había acompañado, y vio que un grupo de mambises rodeaban a su amigo machetes en alto.

Estaban por todas partes y tuvo la certeza de que iban a morir. Cayó hacia atrás en aquel barrizal verde a la espera de que todo terminase. Nunca había sido un meapilas, pero elevó la mirada hacia el cielo para pedir a Dios que la muerte fuese rápida.

Hundido en un chabisque de tierra y hojas, vio que la altura de los árboles era un manto de fuego y que de aquel infierno surgía el diablo. No era el macho cabrío con el que lo habían asustado de niño, era un velo oscuro, una sombra densa que bajó lentamente y se posó en su pecho hasta calarlo. Se asfixiaba, tenía los huesos entumecidos y un dolor como nunca había sentido agarrotaba sus músculos. El hedor del miedo era insoportable. Sintió que un pudrimiento interno lo desgarraba y que una corriente de astillas le recorría el espinazo y atravesaba su cabeza de sien a sien. Cuando creía que los pulmones y el cerebro le iban a estallar, algo extraño venció al dolor que lo paralizaba. Era incapaz de discernir si habían pasado segundos o minutos; tampoco de saber qué había sido eso, ni qué le había hecho, ni si se había ido ya. Solo sintió que

una rabia negra se apoderaba de él y salió de la espesura aullando como una fiera.

A cada grito, soltaba mandobles con el sable y el machete, rasgando todo lo que se movía. La sangre le cubría la cara y el cuerpo. Exhausto, se detuvo y vio a Luis acurrucado en una maraña verde, rodeado de cabezas y miembros. Lloraba, pero estaba a salvo. Se acercó, le revolvió el pelo y construyó un cubil donde se escondieron. No recordaba nada más porque perdió la consciencia.

Más tarde, Luis contó que habían permanecido ocultos hasta que estuvo seguro de que no había enemigos. Entonces, arrastró a León para sacarlo del escondrijo, lo cargó a sus hombros y caminó hasta que un soldado los encontró y los llevó a un remedo de hospital, donde León recuperó el conocimiento.

La salud de Luis no preocupó al médico, pero tenía dudas respecto a la de León. Lo examinó y descartó lesiones de gravedad; solo había cortes y magulladuras, cuya cura encomendó a un enfermero cuarterón, que le quitó la guerrera y empezó a explorarlo.

—Señor, ¿cuánto a usted le duele esa marca que lleva en el pecho?

—¿Qué dices de marca?

Se incorporó para mirar lo que el otro señalaba. Donde el corazón le latía sin control, había una mancha oscura que semejaba un ave planeando con las alas desplegadas.

—Es un aura.

—¿De qué cojones hablas?

—Que es un aura, un ave parecida a lo que ustedes dicen buitre.

—Pues no la tenía antes —contestó León en un tono menos agresivo.

—A lo mejor, a usted le dio un piñazo alguno de los mambises con los que se cogió la bronca y le salió el moratón tan raro.

—Ninguno de esos cabrones me rozó. Nada humano me tocó.

Más que hablar, parecía pensar en alto.

—¿Cómo usted dice, señor?

—¡Que acabes de una puta vez!

León no se dio cuenta cuando el enfermero lo dejó solo. No podía apartar de su pensamiento las tinieblas que habían caído sobre él, ni el aire abrasador que respiró, ni el río de lava que, como clavos rusientes, sintió correrle después por dentro.

Al día siguiente, Luis lo fue a ver. Lo encontró tumbado en una camilla con el enfermero al lado.

—Este hombre me salvó la vida; es un héroe —dijo.

—No exageres, Luisito —masculló León.

—Nunca olvidaré cómo, con un aullido que no era humano, empezó a dar vueltas y, blandiendo el sable con una mano y el machete con la otra, decapitaba y desmembraba cuerpos.

Mientras hablaba, miraba al coro que se había formado: al enfermero se habían unido otros sanitarios y soldados heridos, formando un círculo de batas y vendas que, de no ser por lo dramático de lo que estaba narrando, habría resultado cómico.

—Era un gigante en un mar de sangre. Desde entonces, para mí es el General.